

¿SINTOMAS DE DISGREGACION EN AFRICA DEL SUR?

No es preciso gozar de una visión política muy aguzada para reflexionar con amargura ante el panorama sudafricano. Y no son sólo comunistas y «progresistas» los que se dedican a exponer su resquemor sobre los hechos acaecidos en la Unión Sudafricana. En efecto, se propaga por doquier una opinión adversa a causa de la conducta racista del nacionalismo *afrikaner*. El complejo problema blanco-negro adquiere sombrías perspectivas. El trato de las personas de origen indio en el espacio austral pone a la Unión en conflicto con la India y el Pakistán, miembros de la *Commonwealth*. Todavía perdura la actitud nacionalista respecto a la cuestión del Africa Sudoccidental, a pesar de la opinión del Tribunal Internacional de Justicia y de las declaraciones de la O. N. U. Y otros propósitos del doctor Malan atañen a la Gran Bretaña, así como sus demandas de incorporación a la Unión de los llamados «Protectorados».

* * *

Hoy día, la Unión de Africa del Sur está atravesando una profunda crisis. Sin duda habremos de aceptar que las principales dificultades se derivan de la pasión empleada en esforzarse por resolver la coexistencia de las razas a través de la actual política del *apartheid*. Y por ello hemos de compartir la creencia de quienes sustentan que Sudáfrica se encuentra sometida al reinado del miedo; el más acuciante: el miedo a ser desbordada la población blanca por la marea

de color. De aquí el interés de fijar la atención sobre el sector blanco sudafricano sometido a no pocas pruebas.

* * *

Cuando en 1652 Johan van Riebeeck, el primer gobernador de El Cabo, tomaba posesión de la región en nombre de *Dutch East India Company*, los habitantes de Africa del Sur eran los *bushmen*, los hotentotes y los bantús. En 1657 fueron concedidas tierras a los *free burghers*. En 1688, la llegada de los hugonotes, que abandonaban su patria a causa de las persecuciones religiosas, representa una importante contribución a la obra de colonización. Sus matrimonios con el elemento holandés han hecho que en el presente los únicos signos de su origen francés sean los apellidos y su penetrante conocimiento de la viticultura. En lo demás, se han identificado completamente con los *boers*. En 1820, 5.000 británicos desembarcaban en Algoa Bay, sobre el actual Port Elizabeth.

En la hora actual, los blancos en Sudáfrica representan solamente el 23 por 100 de la población total. Esta situación se resume escuetamente en unas cuantas cifras: 2.643.187 habitantes forman la comunidad europea, los asiáticos suman 365.524 y 1.102.541 los mestizos y malayos, mientras que los nativos ascienden a 8.535.341. Así surge el estado espiritual que ha generado buena parte de la política indígena nacionalista. Ahora bien, hablando en términos generales, la población blanca sudafricana comprende un 60 por 100 de *afrikaners*, los descendientes de los holandeses y un 40 por 100 de pobladores de origen británico, aunque todavía existen pequeños grupos que en sus hogares conservan sus idiomas de origen: el holandés, el alemán, etc. Pues bien, la población agrícola es esencialmente *afrikaner*, si bien existen grupos de colonos ingleses en el *Sugarbelt* de Natal, en la porción oriental de la provincia de El Cabo y en el Transvaal oriental. De otro lado, los británicos predominan en las aglomeraciones urbanas, desarrollando sus actividades en el comercio y en la industria. Empero, en el presente siglo han emigrado *boers* a las ciudades. Y aún más, en las ciudades donde viven en gran número ambos grupos blancos, como en Pretoria y en Johannesburgo, propenden a situarse en zonas diferentes. Mas como los *afrikaners* son los recién lle-

gados, comúnmente quedan centrados en los distritos pobres, con todas sus consecuencias políticas y sociales. Tocamos aquí el caso del *poor-white* en regiones con poblaciones de color. Y así consignemos, de pasada, que los *coloureds* de El Cabo se encuentran en muchos aspectos en mejor situación material que los europeos de las clases bajas. Mas considérese que al obrero descendiente de europeos se le han reservado las ocupaciones especializadas con las consiguientes ventajas de tipo laboral. Y téngase bien presente que unos dos tercios de los pobladores blancos viven en ciudades y pueblos, y que una mitad de ellos reside en zonas urbanas que albergan más de 20.000 habitantes blancos. Otro dato interesante: más de un tercio de la población blanca está concentrada en Johannesburgo y en las ciudades contiguas.

* * *

Mas la ingente masa de elementos espirituales y de factores materiales que se manifiestan en estos dos grupos blancos, ¿sirve de fundamento para caminar, efectivamente, y aunados, por el actual discursar sudafricano? Algunos, como Globet al aseverar que la vieja división del tiempo de la *guerra anglo-boer* no tiene más que un interés histórico, sostienen que en la Unión Sudafricana los elementos *boers* y británicos se han fundido en una sola nación; pero, en realidad, estas estimaciones carecen de una aceptación general. No ha mucho, un periodista sudafricano hacía aparecer un libro con el título un poco paradójico: ¡*No hay Africa del Sur!* Lo que nos explicamos si se aceptan los pensamientos de H. Sonnabend, profesor de Sociología en la Universidad de Johannesburgo. De hecho, desde el punto de vista de la cultura y de la lengua, la nación sudafricana no existe, pues los *boers* y los descendientes de los ingleses tienen en común su ciudadanía, pero difieren por sus tradiciones históricas y por su cultura.

Incluso se habla de nacionalismo *afrikaner*, del que se dan ya síntomas abundantes. Un aspecto de tal tendencia es el movimiento cultural que ha hecho del *afrikaans* un lenguaje escrito para un público de un millón y medio de lectores, y que ha producido ya, según se dice, una notable y abundante literatura. De otra parte, la historia del conflicto entre los británicos y las Repúblicas *boers* está

presente vivamente en la imaginación de muchos *afrikaners*. Y no pocos nacionalistas miran al Imperio Británico como a un temible enemigo, aunque el Reino Unido no ejerza en el presente ningún control sobre la Unión de Africa del Sur y por más que los descendientes de los británicos estén en minoría. Ciertamente que la riqueza del país se halla concentrada largamente en manos británicas. Y resulta también evidente que millares de sudafricanos de origen británico miran del lado de Londres antes de mirar del lado de Pretoria. Esta actitud parece francamente insoportable a los nacionalistas que no conocen otra patria que esta tierra ocupada y colonizada por sus antepasados.

A todo esto se ha añadido el bilingüismo: la obligación de conocer ambas lenguas, el *taal* y el inglés. Apareciendo como un movimiento justificable está convirtiéndose en un arma política. Bajo el primer Gobierno nacionalista de 1924 fué iniciada la política de insistir sobre la necesidad del bilingüismo en el *Civil Service*. En la actualidad se ha extendido a los servicios provincial y municipal, y de hecho se aplica a cualquier empleo sometido a autoridad pública, con inclusión de puestos técnicos y de otro carácter que no llevan consigo un contacto con el público. La impresión general es que son *afrikaners* los funcionarios civiles, la policía, los ferroviarios—excepto en el terreno técnico—y una proporción, en incremento, de los docentes en las Escuelas Medias. Bajo estas circunstancias el bilingüismo ha crecido entre los británicos y ha decrecido en las filas *afrikaners*. Un ejemplo de esta tendencia de preservación de la comunidad nacionalista nos lo suministra lo sucedido en el Transvaal con el asunto de las escuelas unitarias. Cuando el *United Party* controlaba el Consejo Provincial del Transvaal introdujo un sistema de educación bilingüe con el objetivo de abolir las escuelas separadas y de educar juntos a los niños de ambos grupos. En 1948, al obtener los nacionalistas la mayoría en el Consejo, abolieron la *bilingual education*. En esta lucha por la primacía del lenguaje, los católicos han defendido el derecho de los padres a elegir la lengua de instrucción frente a los gubernamentales, que se pronuncian en favor de conceder esta facultad al Estado. Y el Tribunal de Apelación de Bloemfontein lo entendió en este último modo. Por lo demás, no se olvide que la Unión es eminentemente una región protestante: un 55 por 100 sigue las prédicas de la *Dutch Reformed Church* y sólo un 5 por 100 es católico.

En este momento nos parece conveniente aludir a un tema asaz interesante: el establecimiento de una república; es el manifiesto deseo de muchos mantenedores del Gobierno nacionalista, y en pro de este propósito se aducen algunas razones. El republicanismo fué la forma gubernamental establecida por los *boers* en la centuria pasada y, en consecuencia, ello es mirado como la forma nacional de la organización estatal. La derrota de las Repúblicas en 1902 representa una humillación profundamente sentida todavía, una nueva República, completamente separada de la Gran Bretaña, limpiaría a los *africaners* de este recuerdo y satisfaría su *amour-propre*. Finalmente, una república postula una nueva Constitución, y esto podría servir para eliminar cualquier influencia británica. Aunque después de todo lo dicho nos parece justo señalar que el único plan de una Constitución republicana es el publicado en 1942, y era de carácter totalitario. Y, además, deben tenerse muy en cuenta las palabras pronunciadas por el doctor Malan en mayo de 1949: «El Partido Nacionalista no establecerá o no intentará establecer una república sin estar absolutamente seguro de que la mayoría de los electores en este país, la mayoría de los habitantes, está en favor de una república». Ahora bien, el Primer Ministro sudafricano afirmaba recientemente que el Partido Nacional continuaría insistiendo sobre este punto del establecimiento de la República sudafricana. «La república acabará con la doble lealtad al país y nos llevará a la unidad», ha dicho Malan en el Congreso del Partido Nacional de El Cabo.

El caso es que surgen evidencias fáciles de aprehender. Se comprueba la primacía dada sistemáticamente, poco a poco, a la lengua de los *boers* y que ya el inglés comienza a hacer el papel de segundo idioma; también se perciben otros síntomas. El diario *Die Transvaalers* ha preconizado la abolición del conjunto de la Constitución de Africa del Sur como el mejor y el más rápido remedio a los problemas de la hora actual. Y durante este año, en el *Festival van Riebeck*, a la gloria del fundador del primer establecimiento holandés en Africa del Sur, sus manifestaciones han repartido los honores por la fundación de Sudáfrica entre holandeses, hugonotes, alemanes y británicos. Pues bien, no ha faltado algún comentarista que haya visto en esto una intención de empequeñecer la aportación británica a la creación del Dominio sudafricano. Incluso las actuales maniobras sobre el

voto de los *coloureds* de El Cabo y la representación parlamentaria del Suroeste africano son miradas como un medio de fortalecer el entramado *afrikaner*.

* * *

Y recapitulando lo que llevamos escrito surge una certeza: se quieren preservar los sentimientos y las tradiciones de los *afrikaners*. Así, los nacionalistas tienden a evitar todas las influencias foráneas; las organizaciones que en otro tiempo servían para ambos grupos -- las uniones estudiantiles, los *boy scouts*, los *automobile clubs*, las cámaras de comercio, etc.-- se han separado, y los miembros *afrikaners* han formado instituciones aparte. Llegados aquí, consignamos, como advierte Dakoster, la prisa que en otro tiempo pusieron los *boers* en asimilar los grupos hugonotes desembarcados en Sudáfrica después de la revocación del Edicto de Nantes, y la aspereza con que los *afrikaners* se defienden hoy de la influencia inglesa. En suma, actuando de esta forma contra la influencia británica, los hombres en el poder no hacen sino moverse por consideraciones de tipo nacional, a diferencia de otros de sus predecesores que pensaban sobre todo en función de asociados de la *Commonwealth*. Aunque el doctor Malan, en el curso de una reunión que tuvo lugar en Johannesburgo el 8 de noviembre, ha desmentido, según *Le Monde* del 11, que su partido fuera antiinglés y ha calificado de pura locura las insinuaciones que hacen ver el peligro en que se halla la lengua inglesa bajo el Gobierno nacionalista. Empero, sería preciso llevar sangre sudafricana para permitirse hacer total y francamente un juicio completo de la conducta del Gabinete Malan.

Mas necesariamente ha de extrañar que una población blanca tan peligrosamente situada se haya empeñado en amargas disensiones dentro de sus propias filas. Pues cada uno de los sectores de procedencia europea no es sino una minoría en el conjunto sudafricano y, además, ninguno de ellos puede estar seguro de conservar su identidad en esta región por otra centuria. Al menos tal es el juicio de algunos observadores de los asuntos africanos australes. Ahora bien, a pesar de las declaraciones oficiales, la unidad nacional padece visiblemente con esos actos. Atiéndase a la manifestación de 45.000 blan-

ces que tuvo lugar en Durban, en el pasado junio, en defensa de la reafirmación de los principios constitucionales sudafricanos. Conviene recordar la amenaza del senador H. Nicholls advirtiéndole que el Estado de Natal se separará de la Unión en el caso de que sea rota el Act de 1909. Quizá por el momento esta amenaza sea puramente verbal, pues los sudafricanos de Natal no han de ignorar que toda secesión de su provincia se convertiría en guerra civil desastrosa para los blancos. Y aclaremos que el Natal contiene una fuerte mayoría de descendientes británicos.

Y siendo la Unión una zona donde son vitales las aportaciones humanas del exterior, actualmente se ven malogradas buena parte de sus aspiraciones de aumentar el núcleo blanco. De 36.000 inmigrantes en 1948 se ha descendido en 1950 a 13.000; de ellos 5.000 ingleses contra 4.000 holandeses y alemanes, mientras que cerca de 15.000 personas emigraban en lugar de 7.500 en 1948. Según datos revelados en la Asamblea Nacional por el ministro del Interior, África del Sur recibió 13.058 emigrantes durante los primeros once meses de 1951. De ellos proceden 5.225 de la Gran Bretaña; de Alemania, 2.050, y de Holanda, 1.890. No olvidando que resulta esencial también la aceptación de los extranjeros en una proporción adecuada para conseguir su rápida asimilación a fin de que la nación conserve su personalidad. En ocasiones, la misma estructura de la sociedad blanca sudafricana ha permitido la resistencia a la asimilación: así, la de los *litvaks*, los judíos lituanos. Sin embargo, el Partido Unido, por boca de Strauss, se ha declarado partidario de un plan de inmigración en masa. El objetivo: la salvación del África del Sur blanca. Pero Strydom, ministro de las Tierras, ha replicado que tal proyecto traería consigo una grave crisis de habitación y el desempleo, y ha advertido que tres o cuatro millones de inmigrantes no salvarían al país a no ser que se aplicara la política gubernamental de separación entre las razas.

Además la Unión Sudafricana se ve obligada a tomar medidas contra la infiltración y la influencia comunistas. Y de este modo, afirmaba el Primer Ministro sudafricano: «*El comunismo es un peligro para el mundo entero, pero particularmente para el África del Sur*». Y consciente de este peligro, el doctor Malan ha pedido la firma de una *Carta Africana*. Explicaba su actitud asegurando que la propaganda comunista penetraba en la población no europea, calificando

la situación *de realmente seria y peligrosa*. Y no ha mucho el ministro de Justicia presentaba al Parlamento un informe sobre las actividades del comunismo en Africa del Sur. No hay sino recordar la huelga de los mineros indígenas del Rand, en agosto de 1946, en la que tomaron parte cerca de 50.000 nativos. Y, por nuestra parte, reflexionemos un momento: una gran masa de negros desmoralizados pueden proporcionar una clientela fácil a los agitadores políticos con las naturales secuelas de una coyunda entre las cuestiones de color y las exigencias político-sociales. A este respecto no hay que soslayar hechos pleróticos de significación. Recordemos: disturbios en Johannesburgo en septiembre del 49; los sangrientos sucesos del 1.º de mayo de 1950 en las localidades de Johannesburgo, Benoni, Brakpan, Alexandra y Sophiatown; la actual campaña de desobediencia civil, etc.

También empiezan a preocupar otras opiniones. Así ocurre en la comunidad judía existente en Africa del Sur, y teniendo en cuenta su número se han expresado algunos temores. Por tanto, merece indicarse la aprensión manifestada por Henri Sonnabend. Tal vez tenga razón, pues los judíos representan apenas el 6 por 100 de la población total del país. Hay alrededor de unos 110.000 judíos, de los cuales 55.000 viven en Johannesburgo y otros 20.000 en El Cabo. Y para comprender el miedo de ver aparecer un problema judío es preciso tener presente la formación de la clase media *boer*. Hace treinta o cuarenta años el antisemitismo no existía; naturalmente, el colono *afrikaner* no veía un rival en el judío urbano. Pero su hijo, acudiendo a la ciudad para trabajar en los negocios y en las profesiones liberales, se encuentra ante la concurrencia enérgica del comerciante, del médico, del abogado judíos. Y también diremos que los judíos alemanes, descendientes de los colonos y de los artesanos llevados por Bertheil y Thalwitzer, se presentan hoy en la vanguardia del movimiento antisemita. No se esbocen gestos de perplejidad. De la misma manera, por una ironía del destino, los descendientes de los hugonotes, que llegaron a las tierras africanas meridionales huyendo de la intolerancia religiosa, se encuentran entre los más celosos partidarios de la actuación racista *afrikaner*. No obstante, el profesor Abrahams, gran rabino de El Cabo, ha publicado un artículo cuyo título es significativo: «El pesimismo no está a la orden del día». Todavía más: S. N. Herman, sociólogo, ha sosteni-

de la siguiente tesis: los sudafricanos, teniendo un sentido nacional profundo, no poseen complejo de inferioridad ni aprisionan antisemitismo. Y destacan unas cuantas características de la comunidad judía sudafricana: su vitalidad, su intensidad, la aportación económica y cultural al conjunto austral; si bien se deplora la inferior potencia demográfica frente a los *boers*, su principal riesgo.

* * *

Más conviene precisar que si todos los nacionalistas son *afrikaners*, todos los *afrikaners* no son nacionalistas. Los intereses y sentimientos del *national-minded Afrikanerdom* están representados principalmente por el *Herenigde Nasionale «Party»*, dirigido por el doctor Malan. En 1948 el *H. N. P.* hizo un pacto con el *Afrikaner «Party»*; ellos ganaron las elecciones parlamentarias y consiguieron el control de los Consejos provinciales del Transvaal y del Estado Libre de Orange. Unas tres cuartas partes de los *afrikaners* votaron por la coalición citada. El lector con curiosidad ha de conocer necesariamente los ejemplos posteriores de armonización entre estas organizaciones políticas *afrikaners*. La población de habla inglesa ha apoyado a la presente oposición. El grupo inglés está combinado con la sección *afrikaner* opositora en el *United Party*. Además, el *Labour Party* une también su fuerza a la oposición. Esta organización se basa en los sindicatos de los descendientes de europeos, excepto, claro está, los sometidos al control nacionalista. Tradicionalmente el laborismo ha mantenido los intereses del obrero blanco no sólo contra el capitalismo, sino también contra los nativos; sin embargo, este partido ha tomado una actitud más liberal sobre las cuestiones raciales. Los Partidos Unido y Laborista, juntos, al igual que sus adversarios, en pacto electoral en el 48, fueron derrotados. En definitiva, basta referirnos, como suficiente testimonio, a la estructura de la Asamblea. Pues bien, a mediados de 1950 su composición era la siguiente: Gobierno: *H. N. P.*, 71 puestos; *Afrikaner «Party»*, 9. Oposición: *United Party*, 64; *Labour*, 6. Representante de los nativos: 3. En total, ochenta sitios gubernamentales contra setenta y tres.

Resta por saber si los partidarios del doctor Malan no rebasan peligrosamente la medida. No hay que olvidar que británicos y *boers*

están hoy embarcados en el mismo navío. De ahí la posición del grupo británico: un amplio nacionalismo englobando las tradiciones y los sentimientos de las secciones de la población blanca. El doctor Malan, a la vista de la gravedad excepcional de la situación política a causa del movimiento contra la segregación racial, hizo no ha mucho un llamamiento al núcleo inglés del país para buscar con él una solución a los problemas actuales. Empero, la propaganda nacionalista, concentrada desde hace treinta años, ha impuesto en algunos sectores de habla inglesa un sentimiento de culpa, casi una convicción de que sus antepasados y ellos mismos no son los verdaderos sudafricanos. Y ya en los británicos conscientes aflora gradualmente el convencimiento de que resulte imposible vivir en una atmósfera incompatible con sus tradiciones e imposible de cambiar. Un notable signo de este sentir es, en 1950, el principio de una considerable emigración a Rhodesia. Si bien en este punto resulta conveniente destacar la complejidad. Traigamos al recuerdo el aviso de los que hacen el Africa Central la hija del Africa Austral. Smuts ha dicho que la frontera de Sudáfrica está no sobre el Limpopo, sino en Kenya. Recuérdense las palabras pronunciadas por Eric Louw, Ministro de Asuntos Económicos de la Unión, sobre la cooperación entre Rhodesia del Sur y Africa del Sur. Ahora bien, desde la guerra pasada la Rhodesia del Sur ha doblado su población blanca, con la particularidad de que muchos de los inmigrantes son *afrikaners*. Estos han formado incluso su propio partido, el *Democratic Party*. Y en Rhodesia del Norte se estima que si continúa el actual aflujo inmigratorio, los blancos de origen británico serán superados en número por los *boers*. Por eso, ante tales hechos, se mantiene la necesidad de establecer una Federación del Africa Central, para resistir a la oleada *afrikaner*. Además, si no se actúa, cabe la posibilidad de que Rhodesia del Sur se transforme, en mayor o en menor tiempo, en un simple satélite sudafricano.

* * *

Y, ante la serie de dificultades que ha engendrado la Unión de Africa del Sur, se ha escrito que esta nación cuenta con pocos amigos en el mundo. Y el más seguro de éstos, a despecho de no pocas razones en contrario, es la Gran Bretaña. Los arriscados contornos

del Universo presente han llevado a Sudáfrica a cooperar con el Reino Unido en la coordinación de la defensa de Africa. Y en este sentir, el general Klopper, jefe del Estado Mayor del Ejército de la Unión, declaraba, en noviembre del 51, que era perfecta la colaboración entre Inglaterra, Estados Unidos y la Unión de Africa del Sur en lo concerniente a armas y métodos de la técnica de la guerra.

Así la nación sudafricana entiende mantenerse en conexión con el Occidente: creación de embajadas en Bruselas y La Haya; relaciones diplomáticas con nuestro país; acuerdo cultural con los Países Bajos, etc. También participa en la lucha coreana. Mas se ha resaltado la paradójica actitud del Gobierno de Pretoria, enviando fuerzas armadas en socorro de la *lejana Corea*, pero rehusando el uso de la libertad a la mayor parte de los que viven dentro de sus fronteras. Este es el pensamiento del representante de Liberia en la Cuarta Comisión (Tutela) en la Sexta Asamblea de la ONU. Es natural. El mismo fortalecimiento de la comunidad de los llamados pueblos libres postula, en nuestra hora, la existencia de una estructura interna segura y viable. Y no creemos que la ruta iniciada por la Unión Sudafricana conduzca a bienandanzas excesivas. Aún más; según J. Schwoebel, enviado especial de *Le Monde* a estas regiones, la circunstancia de desconocer todavía el territorio sudafricano la plaga de las guerrillas nativas, común en el Extremo Oriente, se debe únicamente a su alejamiento geográfico. Empero, mañana, ¿quién sabe?

Conviene comprender también la veracidad que encierra la arrogante afirmación de los sudafricanos *afrikaners*: «Somos la única nación blanca de Africa». Desde luego, no se requieren excesivos comentarios para asegurar la exactitud de los que entienden que la Unión Sudafricana es el eje político y económico del Africa Austral. Sucede que esta zona ha tomado rango entre los *middle powers* de la actualidad. Veamos a continuación unas cuantas cifras, en medias mensuales, que nos aportarán un indicio de la capacidad productora de la economía sudafricana. Hulla: en 1947, 1.914.000 toneladas; es decir, más del doble que la extraída en España. Producción eléctrica suministrada por estaciones públicas: 772 millones de kilowatios, en 1948; casi dos veces la energía eléctrica española producida con tal carácter. Mineral de hierro: en 1947, 97.000 toneladas; aproximadamente, la mitad que nuestra Patria. Cemen-

to: 104.000 toneladas, en 1947; más de una quinta parte de la producción inglesa. Lingotes y «moulages» de acero: en 1947, 50.000 toneladas (España: 45.000). Desde el año 1937 al año 1945 el desempleo ha fluctuado entre los cuatro y los cinco millares de parados anuales (en 1939, 6.000; en 1947, más de 10.000, y en el año 50 excedían de los 16.000). Indiquemos también los índices de los precios del consumo: en 1937, 100, y en 1951, alrededor de 170. *Todos los detalles que preceden tienen como fuente la estadística de la ONU.* También encontramos que por cada millar de habitantes blancos había, no hace mucho tiempo, 185 vehículos de motor. Proporción que admite favorablemente la comparación con otros países: Estados Unidos, 225; Australia, 125; Gran Bretaña, 60; Suecia, 40; URSS., entre 5 y 6.

* * *

Ante todo lo dicho, obrar en pos de una armonía permanente entre los sectores blancos, dentro de sus diferenciaciones naturales, se nos revela como una exigencia. Habrá que huir de satisfacciones pasajeras y de halagos políticos momentáneos, propios de un nacionalismo aldeano. De esta manera podrá abarcarse toda la amplitud y la complejidad del problema de las razas de color, para buscar una solución verdaderamente humana. Quizá sea preciso, en este caso, enfrentarse con una labor dura y penosa para muchas mentes blancas. Empero, continuar en la actual situación no puede sino conducir a la larga a resultados verdaderamente dramáticos. Empero quedan fijas en la mente del lector las palabras pronunciadas por el Ministro de Hacienda de la Unión, Navenga, ante los micrófonos de la B. B. C.: «Las noticias sensacionales de que Africa del Sur está en vísperas de una revolución no tienen sentido. No sólo no habrá revolución en Africa del Sur, sino que tampoco será tomada cualquier medida inconstitucional, ya sea por el Gobierno, ya por la oposición.» Y estas aseveraciones nos transmiten una alentadora esperanza...

LEANDRO RUBIO GARCÍA